

La era del coronavirus

"Se hace ahora especialmente urgente una teología con Espíritu"

"Desde una teología holística, en diálogo, implicada en el sufrimiento, vivir se comprende como solidaridad, es compartir, dar y recibir; en última instancia, amar y ser amado"

"Es necesario comprender que lo importante no es dominar/poseer, sino relacionarse/dar; que no somos el centro de todo"

"Necesitamos otra visión del mundo, recuperar y cultivar valores de relación con los demás, de respeto y cuidado de la naturaleza"

Publicado en Religión Digital 27.04.2020 | Félix Placer Ugarte, teólogo

En varias ocasiones ha insistido el Papa Francisco que una 'Iglesia en salida' debe estar en los lugares donde el sufrimiento se hace presente, que sea un 'hospital de campaña', que se le encuentre allí donde la gente sufre y pide ayuda, cercanía, apoyo. Ahora la pandemia global que ha conmocionado al mundo y ha generado una radical incertidumbre, profunda inseguridad, preocupante indefensión, plantea preguntas y pide respuestas urgentes, por supuesto, sanitarias, pero también otras que afectan a nuestra manera de vivir, a nuestras formas de relacionarnos, de comprendernos, de encontrar sentido y orientación ante la vulnerabilidad y levedad profundas de nuestra existencia, de toda la humanidad y del sentido de la afirmación de Dios.

Estas preguntas ponen de manifiesto y exigen apremiantes respuestas. En este caso, por supuesto, la atención sanitaria es imprescindible y urgente; pero también otras y, entre ellas, las que den razón de esta situación, parte visible de un profundo iceberg contra el que hemos chocado en nuestro afán de mayor velocidad productiva y consumista, de salvaje competitividad por conseguir beneficios incontrolados, de injusto enriquecimiento a costa de la pobreza de muchos y depredación de la naturaleza.

¿Cómo interpretar este estado de cosas? **¿Cómo responder a los dramas y sufrimiento que este proceso vírico está generando y, por supuesto, a un futuro próximo de incertidumbre?** Pienso que la teología puede abrir horizontes de sentido, proponer pautas éticas que marquen caminos nuevos y fundamenten una esperanza teológica profundamente humana en el crítico momento actual. Para ello necesita encontrar su lugar teológico en esos hospitales del dolor, ser hospital de campaña.

Esta teología debe ser elaborada, por tanto, en el compromiso con la experiencia humana actual, ahora en este proceso pandémico tan complejo y doloroso, y desde ahí ofrecer respuestas con su testimonio y ayudar a descubrir el sentido de lo que significa el ser humano, ser personas, ser humanidad en un mundo y universo donde todo es relación e interdependencia en Dios. **No es una teología nueva. Teólogos y teólogas actuales la están elaborando y ofrecen respuestas** que tratan de abrir caminos de sentido, compromisos y actitudes solidarias.

Su línea fue ya abierta por otros teólogos que ofrecieron con su vida y pensamiento importantes y decisivas aportaciones para una teología comprometida. Subrayo ahora **dos inolvidables compañeros recientemente fallecidos: Johann Baptist Metz (1928-2019) y Juan de Dios Martín Velasco (1934-2020).**

El conocido teólogo alemán ofreció una teología desde el holocausto de Auschwitz y desde el sufrimiento del mundo que le indujeron a elaborar un pensamiento creyente implicado en lo político para afrontar un esfuerzo colectivo hacia la justicia, la libertad y la paz; sin pretender dar respuesta a todas las preguntas que brotan del dolor humano y que, afirmaba, aunque algunas sean incontestables, nunca pueden olvidarse. Por eso propuso **una ‘mística de ojos abiertos’, es decir, una solidaridad espiritual con la justicia que conduce al compromiso concreto.**

El fenomenólogo y teólogo abulense abogó por una **teología del encuentro de Dios en los hombres dentro de la problemática social y cultural** desarrollando el diálogo con otras religiones sin exclusivismos ni inclusivismos sino unificadas en una mística que se vive y realiza en la vida diaria a través de cuyos acontecimientos entramos en relación con Dios.

Desde estos lúcidos planteamientos **la primera constatación teológica es, a mi entender, experimentar nuestra carencia como individuos.** Aunque poseamos y consumamos sin límite, no estamos llenos; somos vacío, es decir, una realidad abierta que no se satisface con tener cosas, poder, dinero, como una falsa promesa de un mundo feliz, si asumíamos sus imperativos de sometimiento y que hubiera condenado a muerte a Jesús hoy: ¿acaso el sistema global capitalista no lo está haciendo con tanta gente pobre del mundo? **Ese vacío existencial (que no es carencia de cosas) solo se realiza en la apertura comunicativa y relación ética con los demás, con la naturaleza, con el cosmos de cuya energía vivimos;** donde Dios es sentido, compasión, esperanza y fortaleza. Desde esta teología holística, en diálogo, implicada en el sufrimiento, vivir se comprende como solidaridad, es compartir, dar y recibir; en última instancia, amar y ser amado. La respuesta auténticamente teológica nos abre entonces a soluciones solidarias y transformadoras, también políticas, a un progreso creativo que se está realizando en el cosmos y al que contribuimos desde nuestro lugar, desde la sencillez de nuestra vida, tejiendo con nuestras relaciones una urdimbre de pluralidad y diálogo desde la diversidad, la atención y cuidado, la ternura, el amor. Necesitamos, por tanto, una teología entendida como reflexión que parte de la vida, de la experiencia y de su implicación dialogante y comprometida con ella; que nos ayuda a contactar con los acontecimientos, a interpretarlos, a descubrir su sentido, a aprender y emprender acciones creativas y solidarias, como ahora las del mundo sanitario, con su entrega profesional ejemplar, y de otras muchas personas según sus posibilidades, donde está actuando la energía liberadora de Dios.

Albert Camus concluye en su libro ‘La peste’: “Algo se aprende en medio de las llagas: que hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio... El final de la peste no fue una victoria definitiva... Hay que seguir haciendo contra el terror y su arma infatigable a pesar de los desgarramientos personales... La alegría está siempre amenazada porque el bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás”. Esta constatación del premio nobel nos ayuda a **comprender que hay algo profundo en el ser humano, que aparece en estas situaciones límite, revelándonos lo que somos en el fondo,** más allá de las falseadas convicciones transmitidas por intereses egoístas. En definitiva, nos descubre la energía profunda que nos mueve, el espíritu que nos alienta y nos impulsa y motiva, desde la alteridad reconocida, a superar todo dualismo, para experimentar la unidad y la felicidad que no consiste en poseer y estar lleno, sino en la relación con todo lo que es. Nos une, por tanto, a todas las personas, a toda la tierra, al cosmos en el que vivimos y somos; desde esta experiencia holística, desde esta espiritualidad, podemos intuir las razones de nuestra existencia y su inspiración latente más profunda: Dios.

Pero la pregunta inmediata permanece: ¿cómo resolver ahora, con humanidad y eficacia, la urgencia de situaciones tan urgentes y dolorosas para tantas personas?

Es indudable que esta teología nos motiva a la solidaridad y sinergia, a la cooperación y ayuda mutua, a ser hospital de campaña, al diálogo como conducta básica para encontrar respuestas comunes, a la ayuda, colaboración, solidaridad. Aun así y de todas formas permanece una pregunta inquietante. Este episodio se superará, aunque con un elevado coste humano; pero vendrán otros, como recordaba el autor de 'La peste'. Además sus graves consecuencias económicas, políticas, sociales son de largo alcance. Es necesario, en consecuencia, un cambio cualitativo de mentalidad, otro modo de pensar y de vivir, de creer.

Las respuestas, por tanto, no pueden ser ocasionales. Necesitamos otra visión del mundo, recuperar y cultivar valores de relación con los demás, de respeto y cuidado de la naturaleza. La teología puede aproximarnos a orientaciones y formas nuevas de pensar, ofrecernos una hermenéutica que nos abra a nuevos sentidos; proponernos una profunda motivación, otras convicciones, una interiorización personal y colectiva que nos lleve a afrontar lo real en toda su complejidad y totalidad, a situarnos ante la vida con responsabilidad compartida, a comprender y comprendernos en Dios. Es decir, se hace ahora especialmente urgente una teología con Espíritu que, junto a las grandes tradiciones religiosas (J.M. Velasco), nos abra a la profunda conexión de todas las cosas; que nos descubra que la persona, la tierra, el cosmos están animados por el Espíritu que les confiere unidad y conduce a experimentar una conciencia vital para buscar la relación consigo mismo en todas sus dimensiones, con los demás, con la tierra, con Dios.

En el universo, tal como lo conocemos, la mujer y el hombre son la expresión histórica más acabada del dinamismo cósmico; con sus grandes limitaciones, ciertamente, constituyen la única existencia concreta capaz de interpretar la vida, de tomar conciencia de ella, de expresarla simbólicamente, de sentirse libres, de progresar, de trascenderse, de amar. Para ello **es necesario comprender que lo importante no es dominar/poseer, sino relacionarse/dar; que no somos el centro de todo, sino parte de un todo dentro de una inmensa complejidad: que estamos dentro del cosmos, de su vida y el cosmos y su vida están en nosotros.** En esta espiritualidad la persona se siente ella misma y da razón del sentido de su existencia. En ella expresa su conciencia relacionada que implica corporeidad, interioridad y aliento vital. Significa los valores más profundos y vitales que nos animan a vivir, a actuar, a amar. "Es la fuerza inspiradora del pensar, del sentir y del actuar de una determinada persona o comunidad", como la describe MariàCorbí .

Esta forma de espiritualidad nos lleva a interpretar de una nueva manera los acontecimientos positivos y negativos y a afrontarlos con un sentido diferente al que el individualismo y el egocentrismo nos han habituado; **nos abre al biocentrismo** que nace como energía desde lo más profundo del cosmos, superando dualismos y antropocentrismos. **Nos conduce a una ética cósmica** de relación con las personas y pueblos, con la tierra y el universo, buscando y creando bien común, humanismo planetario donde cambia el sentido de la economía, de la política. **Es una ecoética liberadora de solidaridad, de igualdad, de dignidad sin exclusiones.**

Cuando **nuestro modo de vida se ha desestabilizado profundamente, no solo por el COVID-19, sino porque nuestra civilización occidental había ya causado ese profundo desequilibrio con un desarrollo suicida**, esta pandemia ha provocado un dramático shock que ha conmovido al mundo. Esta traumática y dolorosa experiencia puede ser comprendida **desde esa mística de ojos abiertos (J.B.Metz) que nos abre, nos convierte a un nuevo modo de vida y descubre un**

mundo de esperanza donde la seguridad anhelada no viene de la posesión y acumulación de bienes, sino de la **solidaridad**; donde el bienestar no es aislamiento y egoísmo, sino **relación y encuentro** (J.M. Velasco); donde vivir no es consumir, sino **compartir**; **donde la tierra** no es un instrumento inanimado y explotable sin límites, sino un **ser vivo, generador de vida, que debe ser cuidado y querido**, porque ella nos cuida y quiere; donde la fuente de la vida no está en el dinero acumulado, en la producción ilimitada y en el consumo desenfrenado de unos pocos a costa de la pobreza de muchos, sino en **la igualdad y la justicia**; donde, en **definitiva, el hombre-mujer no son el centro del mundo, sino una profunda relación holística donde nadie puede prescindir de los demás en la tierra que habitamos, donde personas y pueblos debemos ser hospital de acogida y sanación para todos.**

En última instancia, tanto la teología que interpreta la vida, como la espiritualidad que la vive, nos disponen a **una radical conversión hacia el 'buen vivir'** que despliega actitudes creativas de cercanía, amistad, hospitalidad, colaboración, sinergia, confianza, solidaridad. Ahí iremos buscando con garantía de éxito las respuestas a los decisivos desafíos a los que la situación de nuestro mundo nos confronta, descubriéndonos su raíz más honda y abriéndonos a respuestas holísticas que laten en la energía espiritual que nos mueve, anima y envuelve en el misterio de la Pascua cósmica.